

DHARMAVIDYA

David J. Brazier

Quien ama muere bien

Al borde de la Tierra Pura
de Buda

Desclée De Brouwer

Índice

1. Introducción a una fe simple	9
2. La conmoción	35
3. La férrea determinación de no desfallecer	85
4. Gracia absoluta	161
5. Bailando a un son que no controlamos	175
6. Práctica	223
7. Camino al paraíso	243
8. Epílogo	293
Glosario	297

1

Introducción a una fe simple

Empezando el viaje

Di el nombre del Buda Amida, “*Namo Amida Bu*”, e irás al cielo y compartirás la vida eterna del Buda en vez de la muerte eterna de la existencia kármica. Puede que el lector piense: “¡vaya idea más absurda!”. Sin embargo, esta es la creencia de millones de budistas. En esta obra, vamos a explorar este enfoque de la espiritualidad que, en cierto sentido, es completamente ajeno a lo que la gran mayoría de la gente está acostumbrada y, además, a medida que profundicemos en él, nos facilitará respuestas a múltiples cuestiones fundamentales acerca del significado de la vida.

Así pues, este es un libro acerca del Amidismo. El Amidismo, también llamado Tierrapura, es una forma de budismo, que se proclama como el núcleo original espiritual de la religión de la iluminación descubierta por Gautama Shakyamuni en la India hace 2500 años. El budismo consiste en las enseñanzas de Buda, pero aún más importante, consiste en la relación con Buda y en el acto más fundamental de cualquier relación: girarse hacia el otro, llamarle y estar a la espera de su llamada.

Sin embargo, para llamar al otro verdaderamente debemos conocerle en cierto modo. Conocer a alguien no es una cuestión de

encontrarse con células y hormonas, ni de asumir la apariencia externa del otro; sino que consiste en penetrar en el significado del ser de una manera intuitiva y sensible, multidimensional, de una manera difícil de expresar mediante un flujo lineal de palabras. Conocer a Buda no tiene tanto que ver con conocer al hombre que vivió en la India y murió hace mucho tiempo, sino más bien con el hecho de conocer y sentirse conmovido por el espíritu de exuberancia espiritual que emanaba de este hombre y que parece habitar igualmente en nuestro mundo. Este espíritu, fuente universal de la religión mística, se llama Nyorai Amida.

Este es un relato de fe, de amor, de gracia y de muerte; y contiene una implicación tanto personal como universal. Los amidistas creen que Amida nos llama a todos, incluso de manera específica, nos llama a cada uno por separado; y esa llamada constituye el evento más importante de nuestras vidas. Tierrapura es una de esas religiones de las que es casi imposible hablar sin hacer alusiones personales. Hablar de ella sin tales alusiones sería como describir a un íntimo amigo detallando la disposición de sus huesos. La teoría no basta; salvo en el sentido original de la palabra teoría que, en tiempos de la antigua Grecia, significaba reflexión sobre *teos* –lo sagrado–, e incluso en dicho caso, hemos de reconocer desde el mismo comienzo del Amidismo, que se trata de una religión del corazón antes que de la cabeza. Así pues, para acercarte a esta realidad, debo recurrir a la vida real; y hemos de reconocer que la vida real no es tal si no consideramos la realidad de la muerte.

¿Por qué contar esta historia? En tiempos en los que el mundo está a la deriva espiritualmente existe una verdadera necesidad de reflexión acerca de los grandes interrogantes existenciales. ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué significa vivir una buena vida en las circunstancias en las que nos encontramos? ¿Palabras como “noble” siguen teniendo algún significado hoy? ¿Basta con ser seglar? ¿Es serlo motivo de satisfacción? ¿Podemos comprar nuestro camino

hacia la felicidad? ¿Qué opinamos acerca de nuestra vida cuando la miramos sobriamente? ¿Qué es la muerte? ¿Por qué hacer el bien? Los seres humanos nos hacemos estas preguntas. Cuestionarnos tales cosas forma parte de nosotros como lo son las manos y los pies. Así pues, este libro es tanto el relato de una serie de asuntos muy personales, a la vez que una meditación acerca de temas vitales para nosotros: cómo vivir y cómo morir bien.

El Amidismo posee una filosofía. Muchos de sus grandes sabios eran profundamente cultos. Sin embargo, el conocimiento no era lo que más valoraban, ni siquiera la racionalidad o la sabiduría. Estos intentaron dar respuesta a los problemas vitales de una manera diferente, más intuitiva. Ellos respondían entonces, y siguen haciéndolo aún, a través de una llamada directa al corazón y al posicionamiento de la fe en el centro de nuestras vidas. Sólo de este modo puede la racionalidad asentarse sobre la experiencia. Por consiguiente, esta obra pretende ser una defensa y una reivindicación de la vida de la fe. En cierto modo, parece absurdo. El Amidismo es, incuestionablemente, una senda para necios. La filosofía del Amidismo no consiste en una búsqueda de sabias respuestas: es más bien una reflexión acerca de nuestra ridícula naturaleza. La palabra Buda significa “aquél que despierta”. El Amidismo nos haría despertar al hecho de que somos, de un modo bastante particular, completamente necios.

Uno de los aspectos que ponen de manifiesto nuestra necesidad es que somos seres dependientes. Venimos a este mundo en un estado de extrema vulnerabilidad y dependencia. El budismo lo denomina nuestra originación dependiente. Nosotros no nos generamos a nosotros mismos. Provenimos de otras causas. Posteriormente, crecemos e intentamos autoconvencernos de que somos seres independientes. Sin embargo, nunca será cierto. No me refiero a esto en un sentido místico, sino en el sentido literal de que dependemos de los demás: de otras personas, otras criaturas, otras

fuerzas de la naturaleza para todo. Por ejemplo, cuando somos pequeños dependemos de nuestra madre. Al decir madres no siempre son las biológicas, aunque sea así por norma general. Las madres nos mantienen con vida. Nos alimentan y cobijan. Soplan nuestros ruidos, olores, suciedades, nuestras constantes demandas. Y no solamente aguantan todo esto, sino que además nos aman. Ocasionalmente, pierden la paciencia con nosotros, pero son contadas las veces que esto ocurre en relación con las que nos ayudan. Nos inmiscuimos en sus planes de vida sobremanera y ellas siempre responden por nosotros. Aun así, ¿nos sentimos agradecidos por ello? ¿Qué hacemos para pagar nuestra deuda con ellas? Si reflexionamos seriamente acerca de la vida, puede que nos demos cuenta de que somos y hemos sido infinitamente estúpidos, completamente ingenuos a la hora de apreciar la situación en la que vivimos, recibiendo el apoyo de los demás en cada momento. Somos los beneficiarios de milagros muy cercanos, así como de una gran magnificencia casi a diario; pero a pesar de ello, nos sentimos atrapados y oprimidos la mayoría de las veces debido a nuestro absurdo sentido de reconocimiento propio, al que tanto apreciamos. Encerrados en nuestra vanidad, a la mayoría de nosotros nos resulta muy difícil proclamar realmente la gracia que nos rodea y nos sostiene constantemente. En el budismo existen muchas palabras para designar dicha gracia. El mismo nombre de la religión, *Dharma*, significa “lo que nos mantiene”, y se identifica con la propia realidad y con las enseñanzas de los Budas. Los Budas aparecen en el mundo simplemente para llamar la atención sobre esto. Sin embargo, la mayoría de las personas están demasiado encerradas en la vorágine del egoísmo para escuchar o mirar. Esta obstinación se llama *avidya*: “no mirar”. Cuando realizamos el acto de mirar –*vidya*– sentimos el poderoso e irresistible deseo de gritar. Entonces, los años de tensión acumulada en nuestro ser empiezan a desaparecer como por arte de magia. Sea cual sea

nuestra lengua, proclamamos la gracia que nos mantiene, nos mantuvo y siempre nos mantendrá. Nos sentimos avergonzados, aliviados, liberados y motivados. En mi opinión, esta experiencia catártica, llamada por los amidistas *shinjin*, no sólo representa la raíz de una religión, sino la raíz de todas las religiones.

Mi propia madre, Irene Brazier, era muy inglesa. Nació en Northampton, en el centro de Inglaterra, en una familia que vivió en la misma ciudad desde hacía inmemorables generaciones. Creció en el seno de un hogar teóricamente cristiano. Se impregnó de una serie de valores humanos que emanaron tanto de la poesía como de la iglesia o el colegio. Poetas tales como Kipling, Tennyson, Keats, Coleridge, de la Mare, Rupert Brooke y otros, sin olvidar a Shakespeare, llenaron su vida de imágenes y de citas para cada ocasión. Teniendo en cuenta que era hija de los dueños de un bar sin apenas libros en casa, era todo una proeza. Nunca supe en qué momento entró la poesía en su vida, pero ciertamente me beneficié de ello. Mi madre era muy inglesa: práctica, con los pies en la tierra, amante del jardín y la naturaleza, así como de Inglaterra, gozaba de un concepto elevado de la cultura de su tierra natal. Se crió en un entorno social de clase media baja. Aprobó los exámenes y cursó educación secundaria. Al cumplir los 17 años estalló la guerra. Se alistó en las Fuerzas Aéreas y se convirtió en operaria de radar. Se enamoró y se casó con un piloto. Yo nací como fruto del *boom* de natalidad que se produjo en la posguerra, después de la desmovilización. Mi madre creía que “Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos” pero también que “más vale prevenir que curar”. Su religión era, por lo demás, no doctrinal. Más adelante en la vida se interesó por el yoga y el vegetarianismo. Entrada la vejez se mudó a vivir con su hijo y, finalmente, fue enterrada según los ritos del budismo Tierrapura. Algo excéntrica, pero muy inglesa a pesar de todo.

Yo mismo, impregnado por los valores que me dio mi madre, al igual que otros muchos de mi generación, sentí curiosidad por Oriente y, a medida que se desarrollaba mi vida, encontré mi lugar en la fe oriental; sólo de manera gradual, a mi propia manera inglesa, fui descubriendo lo que realmente supone confiar plenamente en Nyorai. Durante sus últimos años de vida, Mamá se unió a mí y compartimos este importante viaje juntos. Hablaré de ello más tarde. En concreto, en el corazón del libro contaré la experiencia que viví durante sus últimos días y horas de vida, con la esperanza de poder transmitir al lector de la obra el sentido de la fe que sólo puede alcanzarse a través del ejemplo vivido. Quizás, de este modo, sea capaz de transmitir lo que significa esta fe para mí y cómo ha conseguido, de manera lenta pero segura, llenar la vida, la muerte y todo lo demás.

Este libro es un intento de responder a varias cuestiones simultáneamente. De algún modo, se trata de un libro escrito bajo demanda. Muchos de mis amigos llevaban tiempo pidiéndome que escribiera algo sobre el Amidismo que pudieran entender. Si lo he logrado o no, tendrán que juzgarlo ellos mismos. Por un lado, es un libro escrito a partir de una necesidad personal: una forma de terapia para mí mismo. Por otro lado, quería ofrecer argumentos que rebatieran, por lo menos de algún modo, la tendencia popular que existe acerca del budismo a la hora de definirlo como un tipo de práctica secular que no tiene nada que ver con la fe o la religión. El budismo se ha establecido en Occidente en pequeña medida, aunque creo que es necesario hacer una ligera corrección en su trayectoria antes de que se convierta en otro producto de consumo ostentoso en el mercado de la espiritualidad. Lo que contiene esta obra, guste o no, es un enfoque religioso riguroso. Por último, de igual modo, me gustaría que la obra sirviese de pequeña contribución al pensamiento religioso en general, teniendo en cuenta que vivimos en un mundo multiconfesional. Finalmente, y no por ser

menos importante, me gustaría señalar algunos aspectos acerca de la muerte y la relación entre la fe y la iluminación en esta vida, sea cual sea la religión en que se enmarque; así como la manera en que la fe y la iluminación ejercen su influencia en ese desafío final e inevitable que es cómo morir bien.

En algunos aspectos, esta obra pretende ser una introducción. Mi intención es que responda al espíritu y al tenor general del pensamiento y el sentimiento amidista. No es exhaustivo. En un solo libro, es imposible hacer justicia a una tradición de dos mil quinientos años que se extiende a lo largo de la mitad de Asia y que entra en Occidente en la actualidad. Tampoco pretendo con esta obra abordar las diferencias existentes entre las distintas confesiones dentro de la tradición, ni relatar las historias y doctrinas específicas de los principales *sutras* de Tierrapura. Quizás sería cuestión de tratar estos temas en futuros volúmenes.

Cada comunidad de fe tiene su jerga. Si el lector quiere disfrutar de este libro, me temo que tendrá que acostumbrarse a la mía, aunque espero no ponérselo demasiado difícil. A medida que avancemos en la lectura, debemos ir adquiriendo una serie de herramientas que nos permitirán conocer mejor el Amidismo, así como los conocimientos que nos sirvan de mapa y diccionario en este viaje. Como ayuda, en este sentido, se incluye un glosario al final del libro.

Cada confesión religiosa es como una lengua. Aquello que dicen los amidistas no es necesariamente distinto de lo que dicen los seguidores de otros credos; sin embargo, lo expresamos en nuestro lenguaje. Las traducciones, tal y como dicen los propios lingüistas, conllevan cierto riesgo. Evidentemente, no hay nada como leer algo en el idioma original, así que he optado por escribir en mi lengua materna que es el inglés. De todos modos, intentaré facilitar su comprensión, con la esperanza de que el lector sea paciente conmigo y disfrute del proceso. Pido disculpas si no lo logro.